

# Ramón Acín o la creación plena: el artista en sus escritos

José Domingo Dueñas Lorente

A los ochenta años de su muerte, la figura de Ramón Acín Aquilué (1888-1936) sigue despertando sugerencias e inquietudes. Tras cuarenta años de obligado silenciamiento, la primera exposición antológica de su obra tuvo lugar en Huesca en 1982; poco antes, en 1977, había sido incluida en una colectiva. Han transcurrido por lo tanto otros cuarenta años de estudios y exposiciones en torno al artista y las diferentes facetas de su rica personalidad siguen ofreciendo muchos matices de interés. Cabría apuntar diversas razones para explicar esta circunstancia, pero la más relevante, a mi juicio, es que Acín continúa siendo nuestro contemporáneo. Lo decía Antón Castro hace unos años: «No fue la única existencia truncada, no, hubo casi un millón de muertos y cientos de miles de historias personales incomparables, pero Ramón Acín era único. Tenía un sitio entre nosotros»<sup>1</sup>.

Desde la infancia había manifestado una inclinación inequívoca hacia el dibujo y la pintura, como él mismo recordaba con motivo del fallecimiento del pintor Félix Lafuente, a cuyas clases había asistido: «Yo era el más joven de sus discípulos y fui también su discípulo amado. Para aquel maestro yo era el San Juan de sus discípulos». Instalado en el vitalismo de entresiglos, el joven Acín entendía el arte como una prolongación natural y gozosa de la vida. Tanto Concha

---

(1) A. Castro, «Un artista en el periódico», en C. Lomba Serrano (dir.), *Ramón Acín*, Zaragoza, Gobierno de Aragón, 2003, p. 127.

Lomba como García Guatas consideran que hacia 1915 o 1916 concluye su periodo de formación, de modo que desde entonces se muestra ya como un artista maduro, aunque en constante búsqueda de nuevas posibilidades expresivas<sup>2</sup>. De hecho, por la misma época, en marzo de 1914, el propio autor se presentaba ante los lectores de *El Diario de Huesca* como una suerte de impostor de la pluma y calificaba su escritura de «prosa loca y desaliñada siempre, con irreverencias las más de las veces». En consecuencia, todo indica que Acín, profesor de Dibujo de la Escuela de Magisterio de Huesca desde 1916, estaba plenamente decidido con 25 o 26 años a seguir el camino del arte muy por delante de sus veleidades como escritor.

De cualquier modo, entregarse a códigos artísticos diferentes fue frecuente entre los creadores del primer tercio del siglo XX, un periodo caracterizado entre otras cosas por el afán de desbordar los cauces establecidos. José-Carlos Mainer situaba, en efecto, a Acín en aquel marco excepcional de la denominada Edad de Plata en que dedicarse a las letras y a las artes al mismo tiempo no era nada extraño: Gutiérrez Solana, Moreno Villa, García Lorca, Miguel Mihura, Gómez de la Serna, Jardiel Poncela son ejemplos que menciona Mainer en este sentido. En todos los casos, «subyacen la misma urgencia de quebrar los límites de un lenguaje artístico y el mismo regocijo de la transgresión»<sup>3</sup>.

Con todo, no puede decirse que la escritura fuese para Ramón Acín ni una tarea menor ni un desahogo de juventud. Bien avanzada su carrera artística, en 1927, se confesaba públicamente como autor prolífico aunque apenas publicado: «Como un dependiente cualquiera del ramo de comestibles, tengo mis arcas llenas de dramas y comedias esperando el actor que las lance o el editor que les dé a luz. Mis artículos, que tan buena acogida les guarda el director de este diario, no es cosa queden también inéditos (...)»<sup>4</sup>. Y todavía a principios de 1930 le adelantaba a Manuel Del Arco, para *Huesca Ilustrada*, que preparaba una «obra teatral de vanguardia que pienso estrenar». *Pim-pam-pum* era su título.

---

(2) C. Lomba, «La trayectoria artística de Ramón Acín. Entre el compromiso político y la vanguardia», en C. Lomba Serrano (dir.), *op. cit.*, pp. 11-33. M. García Guatas, «Ramón Acín en tres tiempos», en M. García Guatas (dir.), *Ramón Acín, 1888-1936*, Huesca-Zaragoza, Diputación de Huesca-Diputación de Zaragoza, 1988, pp. 7-16.

(3) J.C. Mainer, «El periodista Ramón Acín», en M. García Guatas (dir.), *op. cit.*, pp. 51-57.

(4) Dirigía entonces *El Diario de Huesca* Luis López Allué, en cuya primera etapa al frente del periódico se había incorporado Acín como caricaturista (1912) y escritor (1913). Luego, López Allué fue de nuevo director entre 1922 y 1928.

En cualquier caso, entre sus papeles solo se han conservado un «entremés de costumbres aragonesas», titulado *¡¡Como San Bartolomé!!*, y el capítulo de una novela de principios de los años veinte que se iba a llamar *Rosica, la viuda virgen y mártir, R.I.P.*, dos obras de ambientación aragonesa. El entremés fue incluso estrenado a finales de 1931 en Huesca aunque con escasa repercusión, según señalaba Javier Barreiro. «Se trata de un diálogo entre dos rústicos –como bien resume Barreiro–, que recoge rasgos del lenguaje popular aragonés con un propósito básicamente humorístico»<sup>5</sup>. Si se tiene en cuenta que a estas alturas Acín era ya un artista bien adentrado en la experimentación de las vanguardias, estas piezas se han de entender, en mi opinión, como un expreso homenaje a su admirado López Allué, a quien reivindicó en numerosas ocasiones. Así, todavía en 1935, siete años después de la muerte del escritor, decía Acín:

«¿Es que López Allué después de muerto, como el Cid ganaba batallas, no será capaz de ganar entusiasmos? ¿Es que no hay manera de que el homenaje iniciado hoy quede establecido de una manera periódica y popular? ¿Es que sus libros no deben llevarse de lectura en las escuelas altoaragonesas?».

A tenor de sus artículos, Ramón Acín mostró veneración sobre todo por tres personajes de la Huesca de su tiempo: Félix Lafuente, López Allué y *Silvio Kossti* (Manuel Bescós). A Lafuente lo reconoció como maestro y como artista, y, cuando el pintor languidecía paralítico, procuró recabar fondos en su beneficio sin que viera mancillada su dignidad. La distancia ideológica y de edad con López Allué y *Silvio Kossti* no obstaculizó en absoluto la profunda admiración que profesó hacia ambos, con quienes coincidía a menudo en viajes o tertulias y en quienes encontró interlocutores de altura. Ello es, por otra parte, una muestra más y no menor del talante nada dogmático de Acín, dispuesto siempre a defender todo aquello de valor al margen de convenciones de cualquier signo.

## Periodismo literario

Los casi 150 artículos que se conservan, publicados entre 1913 y 1936, son asimismo una prueba evidente de la amplitud de preocupaciones de que era capaz<sup>6</sup>. Siempre con voluntad de estilo, sus

(5) J. Barreiro, *Diccionario de autores aragoneses contemporáneos, 1885-2005*, Zaragoza, Diputación Provincial de Zaragoza, 2010, p. 46.

(6) Carlos Mas, Emilio Casanova (eds.), *Ramón Acín toma la palabra*. Edición anotada de los escritos (1913-1936), Barcelona, Debate, 2015. Con estudios de José Domingo Dueñas, José Luis Ledesma, Ismael Grasa y Víctor Pardo.

escritos van desde el artículo argumentativo o de opinión hasta el aforismo, desde la prosa lírica a la narración o el ensayo. Son textos, en definitiva, de «una calidad literaria incuestionable», como afirma José Luis Calvo<sup>7</sup>, y de una variedad de registros más que notable: desde la crítica social a la crónica complaciente de sociedad, desde el obituario lírico a la caricatura, desde la descripción costumbrista a la divagación filosófica, desde el alegato pacifista a la celebración confiada de la técnica y el progreso, desde el comentario humorístico a la reclamación impaciente de una sociedad mejor. Tres cuartas partes de los escritos aparecieron en *El Diario de Huesca*, los restantes en revistas de carácter militante de uno u otro signo, como *La Ira*, *Ideal de Aragón*, *Revista de Aragón*, *Lucha Social*, *El Ebro*, *Solidaridad Obrera* o *Mañana*. Es dudosa su participación en el semanario oscense *Talión* (1914-1915), de combativo carácter republicano, hoy perdido, como tampoco se conservan ejemplares de *Floreal* (1919-1920), la revista anarquista que Acín editó en Huesca junto con Felipe Alaiz.

Transitó Acín por las corrientes ideológicas de su tiempo sin prejuicios, con la intención de hallar explicaciones últimas a los asuntos de cada día pero sin eludir los que perduran a lo largo de los siglos. De hecho, cuando se leen sus escritos en el orden cronológico en que surgieron se percibe, evidentemente, una cierta evolución en su pensamiento pero sobre todo una visión del mundo a la que fue fiel desde muy pronto, un modo personal de entender la vida que era fruto, claro está, de un cúmulo variado y amplio de referencias: «Era un valor aragonés no cuadrado en el regionalismo ni en ningún “ismo” exclusivista», escribía de él Felipe Alaiz<sup>8</sup>.

Se inició como escritor en los aledaños de Ángel Samblancat, López Allué o Joaquín Costa. Así, nada desentonan sus dos primeros artículos («Id vosotros» y «No riais», de julio de 1913) en el marco periodístico de *La Ira*, el semanario liderado por Samblancat en el que aparecieron, «Órgano de expresión del asco y de la cólera del pueblo», de acuerdo con su subtítulo. El periódico se proponía aglutinar a las fuerzas republicanas del modo más amplio posible, aunque únicamente pudo sacar dos números a la calle, ya que fue enseguida clausurado por el afán incendiario de sus escritos: «El primer número cayó como una bomba –recordaba Acín quince años después–; Francos Rodríguez, gobernador de Barcelona a la sazón, dudando si llevarnos al manicomio o a la cárcel, son

---

(7) J.L. Calvo Carilla, «Ramón Acín en su obra literaria», *Argensola*, n.º 123 (2013), p. 53.

(8) F. Alaiz, *Vida y muerte de Ramón Acín*, París, Ediciones Umbral, s.a., p. 31.

palabras tuyas, nos dejó en libertad. Al segundo optaron, sin dudar, por llevarnos a la cárcel; si sale el tercer número, ya en prensa, ¡pum, pum!, nos fusilan (...)».

Los artículos de Acín, como los de Samblancat, denotan aún una retórica ampulosa, de origen decimonónico, basada en frecuentes paralelismos sintácticos, en la exposición maniquea de los contenidos y en un empeño comunicativo de carácter enervante y emocional. El anticlericalismo acerado de «No riáis» contrasta, en aparente paradoja, con un despliegue persistente de referencias bíblicas, que Acín conservó a lo largo de toda su trayectoria como escritor. Como bien percibió hace tiempo Álvarez Junco, en aquellos años los intelectuales españoles disputaban por primera vez con la Iglesia Católica la influencia sobre los sectores populares mediante nuevos sistemas ideológicos, «redentoristas y fraternales»<sup>9</sup>. En su artículo, Acín oponía el cristianismo de las órdenes religiosas del momento, adulterado por el afán de lucro, con el espíritu de los primeros cristianos. No ha de extrañar, pues, que José-Carlos Mainer viera a Acín como «anarquista de corazón» aunque más en el fondo como «una suerte de cristiano primitivo»<sup>10</sup>.

En agosto de 1913, todavía desde Barcelona inicia su colaboración escrita en *El Diario de Huesca*, el periódico liberal que había fundado Manuel Camo en 1875, en el que Acín firmó hasta el final de su vida, aunque con etapas de alejamiento. En sus primeros escritos en *El Diario* se desenvuelve en las proximidades del regionalismo artístico del momento, con López Allué como referencia explícita, más de orden moral que estético. También manifiesta por entonces un claro empeño regeneracionista, que se plasma sobre todo en la solicitud de canales de riego para el Altoaragón, en la estela evidente y muy respetada de Joaquín Costa (mencionar a Costa «es citar versículos del Evangelio», escribía Acín a finales de 1914, cuando el Plan es finalmente aprobado en Madrid).

También es propio del joven Acín un deísmo un tanto heterodoxo que persiste durante largo tiempo. Así, al recordar su infancia decía a mediados de 1914: los niños «nos desparramábamos por las plazas, por las calles y por las aceras de las calles (...), por los ríos y por las riberas de los ríos y por todo, que todo era nuestro, porque nosotros éramos la alegría y solo, solo en la alegría está Dios». Más perdura en sus escritos una suerte de panteísmo que le

---

(9) J. Álvarez Junco, «La subcultura anarquista en España: racionalismo y populismo», en AA.VV., *Culturas populares. Diferencias, divergencias, conflictos*, Madrid, Casa de Velázquez-Universidad Complutense, pp. 197-208.

(10) J.C. Mainer, *op. cit.*, p. 54.

conduce a sacralizar la Naturaleza y a concebirla en clara connivencia con la vida humana, de manera que el destino de hombres y mujeres no puede entenderse al margen de un Todo, que es la Naturaleza en su conjunto. Por ejemplo, a propósito de la fiesta de Todos los Santos, ya en plena Guerra Mundial, escribía:

«Yo recordé un instante, un instante no más como visión de fantasma, los anchos cementerios de los campos de batalla europeos, y a falta de amigas y piadosas manos que acaricien las cruces (...) vi a la madre Naturaleza consolarlos piadosa, ofreciendo no olvidarles y enviarles a la primavera la purpurina de sus mariposas, y las lágrimas de su rocío, y las luminarias de sus estrellas y la luminaria de su sol».

Pero todavía en 1928, con motivo de la muerte de López Allué, persistía en parecidos términos. Señalaba entonces que había apreciado un despliegue de belleza particular en la naturaleza, luego conocía la noticia de la muerte del escritor y entendía que la tierra había mostrado sus mejores galas para acoger en su seno «al niño grande», que era López Allué.

Por otra parte, llaman la atención las reiteradas alusiones a personajes o episodios bíblicos, históricos, literarios o mitológicos, con las que trata de contrastar o ilustrar sus percepciones del presente. Ello da idea del fondo de lecturas y de reflexiones en que se apoyaba el autor, menos intuitivo y espontáneo de lo que a simple vista puede parecer. También es característico de los escritos de Acín el acudir a recursos que cabría calificar de pictóricos a la hora de describir un personaje, presentar una situación o componer un estado de ánimo. Así, con intención de hacer énfasis en el progreso que conllevaría el incremento de los canales de riego termina por clasificar a los ríos de acuerdo con sus colores dominantes: «lleve-mos a su cauce las aguas de aquellos que son azules de color, como las flores de las plantas forrajeras, que son amarillos como los trigos segaderos, que son verdosos como los cebadíos en abril, que nacen de la nieve blanca de unos picachos de blanco vestidos y cara al cielo siempre como novicias». De Pastora Imperio destacaba en otro momento el resplandor de sus ojos: «unos ojos de un brillar así, así como brillan al sol unas punteras de unas botas nuevas de charol». Y los ejemplos podrían alargarse indefinidamente. Parece lógico pensar que Acín tratara de imprimir a su prosa recursos que tanteaba en su pintura o dibujo. Por ejemplo, ya en mayo de 1918 intentaba en *El Ideal de Aragón* una disposición tipográfica que se aproxima al concepto del cartel:

Tres ochos.

Libertad.

Igualdad.

Fraternidad.

Trabajo.

¡Monsergas!

Castillo de naipes que se fue al traste con el resoplido de la primera trompeta militar y patriotera...

Las comparecencias de Acín en *Solidaridad Obrera* a lo largo de 1923, bajo el título de «Florexicas», se desgranán frecuentemente en frases o párrafos independientes, pero que componen piezas cohesionadas en su conjunto. No muy distinto parece el caso de los cuadros de la misma época en que mediante pinceladas «cada vez más engastadas, los trazos enérgicos, su escasa precisión dibujística (...)» otorgaba, desde una mirada expresionista, prioridad al «conjunto, las amplias perspectivas ambientales y vitales», en palabras de Concha Lomba<sup>11</sup>.

Las primeras fisuras en el vitalismo de Acín se revelan pronto, a propósito de la I Guerra Mundial. A la guerra se refirió como una expresión de desajuste cósmico, de quiebra no solo del orden humano sino también del natural.

### Los perfiles del compromiso

Sin alterar en profundidad su percepción de la vida, Acín perfiló progresivamente sus ideas en un proceso, siempre de límites amplios, hacia el compromiso, conforme la realidad descubría ante sus ojos sombras e inconsistencias.

Como es sabido, 1917 fue un año de marcada trascendencia en el proceso de concienciación política de las clases populares en España. En agosto, UGT y CNT consiguieron parar durante cuatro días la actividad del país mediante una huelga general que se calificó de «revolucionaria». A finales de año triunfa la Revolución Rusa, de gran influencia en la CNT cuando menos hasta el viaje de Ángel Pestaña a la Unión Soviética en 1920, aunque su informe no fue conocido hasta dos años después. En abril de 1917, Felipe Alaiz publicaba en *Ideal de Aragón* su primer artículo de manifiesta simpatía anarquista, «Kropotkin»; también Samblancat se aproximaba

---

(11) C. Lomba, *op. cit.*, p. 23.

a la CNT por entonces, aunque se mantuviera siempre dentro de un amplio espectro ideológico entre el anarquismo y el republicanismo revolucionario.

Parece, pues, que 1917 bien pudo ser también un momento de inflexión para Acín<sup>12</sup>. A finales de este año ya colabora en *Ideal de Aragón*, semanario republicano de Zaragoza, dirigido por su amigo Gil Bel, otro autor que pronto recalaría en el movimiento anarcosindicalista. Poco después, en febrero de 1918 y también en *Ideal de Aragón* incorporaba a su vocabulario el término «revolución». Unas semanas más tarde, en *El Diario de Huesca*, relataba situaciones de miseria que había percibido en Madrid y recordaba que también la Revolución francesa había necesitado de una etapa previa de hambre. Más adelante, con motivo del primero de mayo, publicaba en la portada de *Ideal de Aragón* el que puede ser considerado como su primer artículo puramente político, «8. 8. 8. A Luis Bonafoux», donde aludía al anhelado reparto a partes iguales del tiempo de trabajo, de ocio y de descanso: «Castillo de naipes –concluía– que se fue al traste con el resoplido de la primera trompeta militar y patriótica».

También en 1918 firma, junto con varios jóvenes oscenses, el manifiesto de la Agrupación Libre «Nueva Bohemia», donde se exaltan sin paliativos los logros soviéticos y se expresa el propósito de luchar «contra lo viejo y lo caduco». En febrero de 1919 funda con Alaiz la revista anarquista *Floreal*, que perdurará hasta 1920. En 1921 y 1922 colabora en *Lucha Social*, semanario anarcosindicalista probolchevique, dirigido en Lérida por Joaquín Maurín. Desde marzo de 1923 y hasta las inmediaciones del golpe de estado de Primo de Rivera, el 13 de septiembre de este año, escribe asiduamente en *Solidaridad Obrera*, el órgano más emblemático de la CNT. Evidentemente, en todas estas colaboraciones se expresa la faceta más política del escritor, aunque sin dejar de reconocerse al Acín anterior. Así, en los sangrientos años del Terror Blanco en Barcelona condenaba abiertamente el pistolero de uno y otro bando, en la orientación de Salvador Seguí o de Ángel Pestaña: «Todo, menos por amor a la Vida, salpicar de cadáveres, sin ton ni son, la Vida misma», escribía en una de sus «Florelicas». En otros momentos, solicitaba mantener despierta la memoria dos años después del Desastre de Annual y Monte Arruit, apelaba a la educación como factor de cambio social y defendía una «escuela nueva y laica» que en-

---

(12) Miguel Bandrés señalaba, por su parte, que en 1917 Acín había incrementado de modo apreciable la «actividad político-social», en M. Bandrés, «A través de la prensa», C. Lomba (dir.), *op. cit.*, p. 75.



señe verdades y no misterios como el de la Trinidad, también insistía en la necesidad de «descristianizar» a la sociedad a la vez que reclamaba que se devolviera a Jesús «su cetro de caña», etc. Acín, en cualquier caso, no ejercía de transmisor de doctrina, sino que parecía limitarse a aportar su visión personal de las cosas.

Bajo la dictadura de Primo de Rivera, con la censura previa establecida desde muy pronto, el periodismo hubo de acomodarse a nuevos registros. Todavía aparecieron varias de sus «Floreccitas», ahora en *Revista Vértice*, una de las cabeceras con que la CNT sustituyó a la prohibida *Solidaridad Obrera*, pero sus escritos habían de seguir necesariamente otros derroteros. Recupera, por ejemplo, un discurso propiamente moral que tampoco había abandonado del todo en la prensa política: «Hay una moral unilateral, beata; pero hay otra moral universal y comprensiva que consiste en el cariño a la naturaleza y el respeto al individuo y a la especie. Seamos moralistas de esta moral», escribía a finales de 1923. También se queja del «silencio de camposanto» que impera desde la llegada del Directorio; defiende a Shum, el dibujante y caricaturista condenado a muerte por su activismo en el seno de la CNT; a la altura de 1927, se declara abiertamente «comunista», del comunismo libertario, dice, no del de estado, etc. No renuncia, pues, en lo posible a hacer públicas sus convicciones, ya bien conocidas por entonces, aunque la mayor parte de sus escritos se centran en la defensa de iniciativas concretas (el centenario de Goya, homenajes a López Allué o Felipe Coscolla...), la evocación sentida de los amigos fallecidos (Félix Lafuente, López Allué, *Silvio Kossti*, Martín Coronas, etc.), la defensa del turismo o el ferrocarril, etc. En definitiva, se trata de artículos enmarcados en el periodismo argumentativo que permitía la Dictadura mientras cercenaba la información y la difusión de las ideas. También entonces Acín hace gala de un estilo propio, donde no faltan la ironía, la gracia, la cercanía con sus lectores o el matiz personal de las propuestas.

El 14 de abril de 1931 sorprende a Acín en París, exiliado por su implicación en la sublevación de Jaca y rodeado de prohombres del nuevo régimen, también exiliados –Indalecio Prieto, Marcelino Domingo, Nicolás Franco, etc.–. En los meses anteriores había expuesto en la Galería Dalmau de Barcelona y en el Rincón de Goya de Zaragoza o se había inaugurado la Fuente de las Pajaritas en el nuevo Parque de Huesca; poco después de proclamada la República exponía por primera vez en Huesca y en Madrid. En suma, Acín llega a la etapa republicana como artista reconocido y respetado hombre de acción. Con todo, continúa con sus escritos en *El Diario de Huesca*, aunque con largas etapas de silencio. Persiste, por ejem-

plo, con los reconocimientos a los amigos fallecidos, defiende la obra de nuevos creadores (así, comenta un libro del joven Julio Alejandro Castro, luego escritor y guionista con Buñuel), ironiza sobre el obispo de Huesca, Fray Mateo Colom, por su notable capacidad para recaudar fondos; se ofrece, con buenas dosis de ironía y algo de amargura, como alcalde de Huesca ante la crisis que padecía entonces el consistorio conservador; celebra esperanzado el Congreso Pedagógico que tuvo lugar en Huesca en 1935 en torno a la figura de Freinet o refiere, en su último artículo, la muerte inesperada de su hermana Enriqueta, solo dos meses anterior a la suya.

La República, que lo encarceló en un par de ocasiones, no altera, pues, en lo básico el recorrido intelectual de quien encarnaba como pocos la figura del «hombre nuevo», que tanto se reclamó entonces. Todo hace pensar que el periodo republicano hubiera podido dar cumplimiento a la madurez prometedora que parecía esperarle. Quienes le truncaron el futuro con solo 47 años ignoraban que el fulgor de su figura y de su obra perduraría tanto.